

## **Sarlo, Beatriz (2014). *Viajes: De la Amazonia a las Malvinas*. Buenos Aires: Seix Barral, pp. 267**

Adriana Mancini (Universidad de Buenos Aires, Argentina)

Las descripciones de paisajes y accidentes geográficos de Grecia que aportó Pausanias en el siglo II; las aventuras de Marco Polo en Medio Oriente; las desventuras del conquistador español Alvar Núñez Cabeza de Vaca narradas en *Naufragios* en el siglo XVI; las impresiones extrañadas de los viajeros ingleses sobre las tierras inhóspitas y sus habitantes en América del Sur en las postrimerías de la colonia – cuyos escritos incidieron en Domingo F. Sarmiento, Esteban Echeverría y otros integrantes de la generación del '37 –; los viajes a Europa – casi un ritual iniciático – que realizaban los intelectuales argentinos a fines del siglo XIX y principios del siglo XX para embeberse de la cultura francesa, de su iniciativa en la filosofía política o del insondable misterio de las calles parisinas; todos, y cada uno, son casos que diseñan un espectro amplio en el espacio y en el tiempo afirmando la larga tradición universal en literatura de viajes.

No quedan excluidas las mujeres en el itinerario. Al parecer, fue una mujer griega, Eugenia, en el año 385, una de las primeras en incursionar en la experiencia de escribir sobre sus viajes y muchas fueron las que se lanzaron a los caminos desafiando prejuicios e inhibiciones. Entre las mujeres argentinas, una larga lista se inicia con Mariquita Sánchez, reconocida mujer en la historia de los pasos iniciales hacia la Independencia argentina por facilitar su casa y su piano para que se tocara por primera vez el Himno Nacional. Eduarda Mansilla, sobrina de Rosas, mujer de un embajador, recupera sus viajes escribiendo sobre los Estados Unidos de América; Cecilia Grierson – primera médica engresada de la Universidad de Buenos Aires – enviada por el gobierno argentino para investigar sobre las condiciones de salud y educación de la mujer en Europa, escribió un informe final que fue el modelo utilizado para establecer determinadas pautas en hospitales y escuelas públicas. Son conocidos los viajes de Victoria Ocampo y sus referencias desde una perspectiva de clase alta dominante en la cultura argentina de la época; y de otras mujeres cuya enumeración sería extendida, pero lograron que sus textos fueran disparadores para la consolidación social de la mujer en la esfera pública.

El género al que pertenecería la literatura de viajes es indeciso: forma parte de la autobiografía, interviene la memoria a partir de la cual se reconstruye el viaje, y tiene rastros de *Bildungsroman*. Por su parte, en la

escritura de su experiencia, el viajero tiende a acercarse a paradigmas que estima propios su mirada descentrada hacia 'lo otro', sin dejar de mantener cierta fidelidad con ese referente.

*Viajes: De la Amazonia a las Malvinas*, último libro de Beatriz Sarlo - prestigiosa ensayista argentina - se inserta, en principio, en la tradición de la literatura de viajes. Pero las experiencias que entrega la autora en su libro tienen un *plus* de interés. Los viajes que Ernesto 'Che' Guevara realizó en 1950 por Argentina y a partir de 1952 por Latinoamérica motivaron a grupos de jóvenes aventureros caminantes que salían con su mochila y sus preciados e indispensables bolceguíes Marasco&Speziale a enfrentar los misterios de senderos erráticos que los llevaban a poblaciones originarias, a culturas muy antiguas en relación a este nuevo continente o a ciudades futuristas. *Viajes* cubre estos destinos. Y aunque por la magnitud de la experiencia la autora en sus años jóvenes y el grupo que la acompañaba no lograban aprehender en su justa medida aquello con lo que se topaban, en el presente de la escritura, Sarlo entrega un recuerdo minucioso de la convivencia con los jíbaros, las imágenes religiosas de San Juan de Oros, el amanecer «frente al Huayna Picchu, solos en la montaña» (p. 27) y también Brasilia y caminatas atravesando zonas inexploradas donde al poco tiempo «operó la guerrilla y fue muerto el Che» (p. 97). Siempre, con manifiesta intención - aunque a veces por error o por ignorancia - de distanciar la experiencia de cualquier tipo de viaje turístico y separar su condición de la de un turista.

Tener presente la literalidad del referente con la actualidad es otro requisito deseable para libros de viajes, es la manera de dar un marco cronológico al lector. Sarlo no soslaya el recurso. Las notas con las que compone el último capítulo de su libro o las que va insertando entre sus recuerdos dan al lector una perspectiva actual de las sucesivas instancias que abordan sus relatos, ya sea a partir de su lograda formación intelectual, ya sean opiniones de expertos o fuentes calificadas.

La génesis de *Viajes* tiene un origen definido. Cuenta Sarlo que recibió sorprendentemente una serie de fotografías que la trasladaban a viajes realizados mucho tiempo atrás, junto a un grupo de jóvenes compañeros, entre quienes estaba el fotógrafo que había enviado las imágenes técnicamente actualizadas. Su primera reacción fue la de intentar desentenderse de ese pasado incómodo, pero paulatinamente fue interesándose por esa persona lejana que se le aparecía como una extranjera. Así, surge la idea de escribir *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas*.

*Viajes* incluye tres instancias temporales. Tres momentos en la vida de la autora en los que deja su casa para ir hacia algún lado con un determinado objetivo, otro de los requisitos del género. En su infancia, durante las vacaciones de verano, la niña viajaba junto a su familia a un pequeño pueblo de la provincia de Córdoba, Dean Funes, donde acompañaba a los hombres de campo en los quehaceres cotidianos. Allí, por primera vez,

tuvo noción de lo 'extranjero' como lo distante, lo no familiar, en la figura de Lajos, un habitante exiliado húngaro que había participado de la Gran Guerra. Y aprende que los viajes «no consisten en una impávida sucesión de placeres y novedades, sino también de sobresaltos» (p. 42).

Los viajes de juventud a Amazonia, Bello Horizonte, Diamantina, Brasilia tenían otro objetivo:

Someterse a la experiencia aurática era el *trip* [...] Hoy puedo frasearlo. No habría podido entonces. [...] estábamos sometidos a una metafísica de la presencia, desplazándonos en un espacio con la ilusión de realizar otro viaje, paralelo en la historia de América. Por eso nuestro viaje cumplía una función utópica. (p. 131)

Así, el extrañamiento constitutivo de los relatos de viajes, en *Viajes* se encadena potenciándose.

¿Quién era la chica de jeans, bolcegués y remera roja debajo del anorak también rojo que miró esas imágenes de San Juan de Oros? Imposible reconstruirme. Las imágenes de los santos [...] me entusiasmaban por razones que no podía explicar. Hoy podría ubicar una familia imaginaria: en cada fraile pintado en la pared, en lugar de ver sólo una religión impuesta, veía lo que después aprendí a llamar mestizaje. (p. 91)

Mucho tiempo después, Sarlo viaja a las Islas Malvinas. Es un viaje que tiene como objetivo cubrir con su trabajo periodístico el referéndum del que participarían los isleños en marzo de 2013. Los acontecimientos que recoge la escritura en esta ocasión es singular: es cercana en el tiempo y va hacia la barbarie de una guerra absurda en el pasado. La autora lo considera el último viaje importante de su vida y aunque la experiencia es completamente diferente y las notas que la completan parecen querer ajustar cuentas con la historia; sin embargo, este viaje «forma sistema con los viajes de la juventud» (p. 176).

Hay un concepto que vertebra *Viajes* y los aúna a pesar de sus diferencias y es el de «salto de programa» una idea que Sarlo propone en el primer capítulo y reitera como para dejar cada vez más en claro la distancia con los viajes programados; o mejor, para resaltar esos momentos que hacen a la singularidad de la existencia; porque la desvían llevándola a lo impredecible. Así como esas imágenes de una joven de jeans y anorak rojo que irrumpieron en la cotidianeidad de la autora la llevaron a escribir *Viajes: De la Amazonia a las Malvinas*.

